

nombrar un diez por ciento de los electores. Para asegurar y fortificar su poder, cambiaron la renovacion anual por series de diputados en una sola renovacion quinquenal completa. La cámara de los pares, con gran satisfaccion del gobierno y de la mayoría de la nacion, desechó esta ley, desfigurada hasta el extremo de ser completamente distinta de la propuesta. Peor fué la derrota que sufrió el gobierno y de rechazo el país, en la discusion del presupuesto. Pesaban sobre la Francia obligaciones extraordinarias con motivo de la indemnizacion de guerra á los aliados, y para hacer frente á todo propuso el gobierno la venta de los montes del Estado; pero como estos montes habian sido en su mayor parte confiscados á las iglesias y conventos, se opuso á su enajenacion la cámara y desbarató con esto todo el plan. El ministerio tuvo la debilidad de retirar el proyecto y dejarse imponer un presupuesto que aplazó el pago de los plazos de la indemnizacion y echó el peso principal de los impuestos sobre los industriales. La mayoría, envalentonada con este éxito, quiso conseguir su objeto de favorecer á la Iglesia, y siendo esto imposible por depender el clero del Estado, que le pagaba, aprovechó la discusion de un proyecto de poca importancia, presentado por el gobierno, pidiendo autorizacion para aumentar la dotacion de los curas párrocos, para exigir que en lugar del presupuesto anual destinado á pagar al clero, se destinase al mismo objeto una renta perpetua de cuarenta y dos millones de francos, representada por ochocientos millones que debian ser inscritos en el Gran Libro de la Deuda nacional. Esta vez el reducido grupo de los liberales, absteniéndose de votar, impidió la victoria de los ultras, que se habian ausentado ya en tan grande número que los votos de los restantes no llegaron al número mínimo fijado por la ley para tomar acuerdo. Lo único que se hizo fué decretar la devolucion al clero de sus bienes no vendidos, importantes diez millones, resolucion que se tomó á propuesta de Bonald. Despechados los ultras, encontraron muy pronto otro motivo para desahogar su ira implacable abriendo un nuevo período de terror que si bien no tan sangriento como el primero, fué en cambio mas general. Un ex-oficial del ejército, llamado Didier, persona oscura, intentó en Grenoble un pronunciamiento bonapartista, que no obstante su escasa importancia fué exagerado monstruosamente por el general Donadieu, que mandaba en aquel distrito. Esto dió lugar á sentencias y condenas innumerables, para las cuales bastaba la delacion mas infundada, y á ejecuciones capitales, despues de haber cortado el verdugo la mano á las víctimas.

Cuanto mas irritante y ciega se hizo la conducta de los reaccionarios, mas se convencieron el país y el extranjero de la ninguna vitalidad de la dinastía borbónica. Gentz, el ya mencionado consejero austriaco, escribió ya en octubre de 1815: «Si la Francia fuese dueña de sí, veríamos allí en menos de seis meses un cambio completo.» Este resultado estaba en la mente de todos; muchos franceses contaban para este caso con el hijo de Napoleon, otros con el príncipe Eugenio de Beauharnais; la clase media, en su mayoría, con el duque de Orleans, aunque este se hacia el desentendido para evitar toda sospecha; y los franceses que huyendo de la persecucion se habian fijado en Bruselas, desde donde hacian una cruda guerra á los Borbones por medio de la prensa y principalmente por su periódico: *Le nain jaune*, propagaban en secreto la candidatura del príncipe de Orange, cuñado del emperador Alejandro, y esperaban que en caso favorable el nuevo monarca agregaria la Bélgica á la Francia, segun al parecer estaba convenido, por supuesto muy en secreto. La misma comision permanente de las cuatro grandes potencias en Paris, formada por los respectivos embajadores en aque-

lla corte, observaba la conducta de los realistas y de sus jefes con inquietud creciente, porque impedía el cumplimiento de las obligaciones y compromisos que pesaban sobre el país, y mucho mas porque una nueva revolucion interior, hacia la cual todo parecia encaminarse, habria puesto en peligro la paz europea. Este temor movió al mismo gobierno tory de Inglaterra á apoyar al ministerio Richelieu, á pesar de serle antipático como obra del emperador de Rusia. Este apoyo del gobierno inglés era sin embargo cosa muy delicada y se hubo de dispensar con mucha cautela, ya para no ofender la susceptibilidad de Richelieu, ya para no desacreditar su gabinete á los ojos de la nacion como protegido del extranjero, ya para no herir el orgullo del rey, que se resentia de la menor sombra de ingerencia extraña. El conde de Artois se mostró completamente inaccesible á los consejos del representante inglés duque de Wellington porque no entraba en su idea que la Francia á la cual habia regresado pudiese ser otra distinta de la que habia dejado al emigrar en 1790; y tan seguros estaban él y los demás ultras de su preponderancia que solo pensaban en derribar al ministerio Richelieu para reemplazarlo con otro de su fraccion, á cuyo fin habian preparado ya su plan de campaña cuando una real orden lo cambió todo.

El ministro Decazes fué el primero que abrió los ojos y se convenció de que urgía detenerse en la pendiente de las concesiones á un partido que empujaba á la dinastía y al país á su perdicion. Consiguió persuadir á Richelieu de que la reunion de la misma cámara era incompatible con la tranquilidad interior y exterior del país, y de que no haria mas que prorogar ilimitadamente la ocupacion de la Francia por tropas extranjeras. Tambien venció la aversion á toda medida enérgica del rey Luis XVIII, que temia disgustar á su familia, probándole, además de las extralimitaciones de la cámara, con documentos de los archivos de la policia, que los ultra-reaccionarios dirigian sus ataques no solamente á la política sino á su persona inviolable. Esta vez, por consiguiente, fué defendida la causa liberal con razones esencialmente realistas. Todo se hizo con el mayor secreto; en las habitaciones del conde de Artois se contaban los dias que faltaban para que el partido ultra-reaccionario dominara sin competencia en el país cuando súbitamente, en 5 de setiembre de 1816, apareció un real decreto disolviendo la cámara, restableciendo para las venideras el número primitivo de diputados fijado al otorgar la constitucion, y asegurando que ninguno de los artículos de la Carta seria sometido á nueva discusion.

Este real decreto fué un rayo que purificó la atmósfera política bochornosa, paralizó la contrarevolucion é inauguró una política de conciliacion que tomó por lema: «Monarquizar la nacion y nacionalizar al rey.» Con razon se ha dicho que á ella debió la dinastía borbónica los 15 años que reinó todavía en Francia, y quizás continuaria reinando si despues no hubiese recaído en la misma política de la cual la separó Decazes (1). Las elecciones, hechas por el mismo sistema que las de la cámara disuelta, produjeron esta vez una cámara moderada y templada con una fuerte mayoría ministerial. La nueva legislatura, inaugurada el 4 de noviembre de 1816, fué menos dramática pero mas fecunda que la anterior porque se dedicó con eficacia á la organizacion política y económica de la monarquía constitucional. El ministerio, en el cual ya habia reemplazado Lainé, el presidente de la cámara disuelta, al activo pero mediano Vaublanc, se modificó mas en sentido liberal con la entrada del mariscal Gouvion de Saint-Cyr, de Molé y de Pasquier. La ley electoral, votada el 5 de febrero de 1817, que requería para ser elector

(1) Véase la obra de Vieil-Castel, tomo 8.º, pág. 333.

ser francés, tener 30 años cumplidos y ser contribuyente desde el minimum de 300 francos anuales arriba, y disponia que cada departamento eligiese todos sus diputados simultáneamente y de una vez por votos personales, abrió, sin que nadie entonces lo sospechara, una nueva era para la Francia, porque entregó el poder legislativo á la clase media. El presupuesto y el arreglo de la hacienda costaron un sacrificio durísimo á la nacion, porque se hubo de hacer un empréstito en Londres de 354 millones de francos que en realidad quedó reducido á 187 millones efectivos. Pero este empréstito fué la base sobre la cual se pudo desarrollar la hacienda francesa tan majestuosamente que desde entonces ha podido resistir sin conmoverse sensiblemente revoluciones capitales y hacer frente á vicisitudes y desgracias inmensas. Lo que á la sazón levantó el crédito del ministerio á los ojos de la

nacion fué la disminucion del ejército de ocupacion, conseguida por la mediacion del czar Alejandro cerca de sus aliados y en recompensa expresa de la política prudente que se habia inaugurado. Además de este eminente servicio prestó otro el mismo soberano, protector de Richelieu, á la nacion francesa, á saber, la reduccion de 1,390 millones que debia el país por indemnizacion de guerra á varias naciones europeas, principalmente á la Prusia, á 16 millones de renta, de los cuales tocaron 3 á la Inglaterra, uno á España y á las demás potencias el resto, reduccion que consiguió Alejandro de sus aliados, porque tratándose del bolsillo de otros, y principalmente del de la Prusia, era muy generoso el czar.

Estos arreglos, á los cuales se agregaron varias economías en la administracion, ejercieron luego una influencia visible y benéfica en la situacion material del país, y de rechazo en



Lafayette

la política, aunque debajo de la superficie tranquila seguian fermentando elementos hostiles. Los ultras no renunciaron á sus esperanzas ni menos pensaron en deponer las armas en vista de la poca vida que quedaba al rey, circunstancia que aumentó todavía su partido con nuevos combatientes. Uno de estos era Chateaubriand, al cual el gobierno, á consecuencia de su folleto violento: *La monarquía segun la Carta*, habia retirado los honores y sueldo de ministro. Este golpe le convirtió en mártir é ideal del partido reaccionario y en uno de los enemigos mas peligrosos del gobierno. El conde de Artois llegó, en su oposicion, casi hasta la rebelion con motivo del proyecto de ley sobre la organizacion del ejército presentado por el ministro de la Guerra Saint-Cyr, porque conservaba el principio de igualdad y el escalafon por antigüedad, que los aristócratas consideraban como un nuevo despojo de sus privilegios. El conde de Artois amenazó á su hermano el rey con retirarse á Fontainebleau si no despedia al ministerio, y cuando vió que no hacia mella en el rey esta amenaza, encargó á Vitrolles, su confidente, que redactara una exposicion al emperador Alejandro, en la cual indicaba en términos bastante claros la necesidad de que los aliados continuasen ocupando militarmente la Francia hasta que el rey renunciara á su ministerio y á su sistema de gobierno. Richelieu supo adquirir una copia de este documento vergonzoso y lo hizo publicar sin dilacion en el *Times* de Lón-

dres. El autor cayó en desgracia y Artois perdió su mando en jefe de la guardia nacional, que fué puesta directamente bajo la inspeccion del gobierno. Descubrióse tambien un proyecto de atentado contra los ministros, á quienes un general llamado Caunel, cuya historia era muy ambigua, estaba encargado de secuestrar, con un atrevido golpe de mano, para despues imponer al rey un ministerio ultra-reaccionario; mas no fué posible entregar á los conspiradores á los tribunales.

En la clase media francesa, desde que se sintió aliviada de la pesadilla reaccionaria, manifestóse en cambio una vida nueva y lozana; una gran parte de ella tomó interés en la vida pública y en la literatura periodística, que tanto tiempo habia estado amordazada, é ideas de libertad y de progreso mal entendidas ó erróneas se apoderaron de las imaginaciones. En los salones de la señora de Staël se reunia la sociedad distinguida parisiense que profesaba ideas liberales; allí concurren tambien Talleyrand, criticando con sus agudezas mordaces todos los gobiernos que se dispensaban de su auxilio. Por otra parte, empezó á disgregarse entonces del partido ministerial en la cámara una fraccion mas liberal, la futura izquierda, que comprendia la flor de las inteligencias parlamentarias, como Royer-Collard, Camilo Jordan, Serre, Beugnot, Guizot, Barante y el duque de Broglie. Este grupo recibió pronto de sus contrarios el nombre de *doctrinario*

por la consecuencia inflexible con que sus individuos defendieron sus doctrinas. Esta fracción, confiando en la victoria de la razón absoluta, sin admitir términos medios ni adaptación transitoria á condiciones dadas y existentes, falta de sentido práctico para respetar los sentimientos y el espíritu de la gran masa de la nación, se quedó completamente aislada y sus individuos sin adquirir popularidad fueron calificados de pedantes por los reaccionarios, mientras eran para el ministerio aliados molestos y peligrosos. En aquel tiempo, á unos y otros partidos faltaba todavía el tacto político para allanar el camino de entenderse mutuamente en lugar de petrificarse en sus teorías. Durante treinta años ejerció el partido doctrinario una grandísima influencia, á menudo funesta, en los destinos de la nación francesa.

Desde las segundas elecciones de 1817 se separó de los diputados ministeriales otra fracción mas izquierdista, llamada de los *independientes*, pocos en número en la cámara pero con muchos adeptos fuera de ella, estando representada en la prensa por *Le Constitutionnel*, y despues por el *Journal de Commerce*. El jefe era Benjamin Constant, el «maestro de la libertad,» como él mismo se llamaba, porque enseñaba á la nación francesa en folletos sus doctrinas, á cuya cabeza figuraba la responsabilidad de los ministros, y las cuales con su propaganda activa se convirtieron pronto en artículos de fe del liberalismo. En la cámara, Benjamin Constant fué uno de los oradores mas temidos, no obstante sus achaques físicos, consecuencia de su vida desordenada. Cargado de deudas, jugador incorregible, escéptico y gastado, carecía de sentimientos profundos y de la respetabilidad indispensable á todo hombre de Estado. Al mismo grupo pertenecían tambien el honrado pero vanidoso y ambicioso Dupont de l'Éure, y Lafayette, genio optimista y afanoso de popularidad, con un matiz de la sensibilidad novelesca del siglo pasado, sin tener la inteligencia despejada, ni la ciencia política, ni el talento literario de Constant. «Era un marqués que se afanaba trabajosamente para ser demócrata.» De él dijo despues Carlos X: «Los únicos hombres que no han variado desde la revolucion somos yo y Lafayette.» Otro del mismo grupo era Manuel, el tipo de la clase media revolucionaria, enemigo implacable de los Borbones y temido en la cámara por la serenidad inmutable y burlesca con que recibía las muestras del odio de la derecha.

La masa del pueblo francés no tenía, sin embargo, el menor deseo de nuevas aventuras y solo pedía garantías contra las exaltrimitaciones de los ultras, á cuyo fin estaba dispuesta á apoyar al rey y á su gobierno contra ellos. Esto debía haber enseñado á los liberales la línea de conducta que debían seguir, pero en lugar de imitar al pueblo se dejaron arrastrar por la impaciencia, por la tendencia de extremar las cosas que está en la sangre francesa y principalmente por el deseo de obtener garantías mientras viviera el rey Luis XVIII, y adoptaron una conducta enteramente contraria, que despues produjo amargo fruto.

La primera ocasion que aprovechó la izquierda para echar todo su peso unido en la balanza fué la que presentó la discusión del proyecto de ley de imprenta, que pedía la prolongación de la censura establecida para periódicos por la ley de 1815, hasta tres años, y la supresión del jurado para delitos de imprenta. Como ambos artículos tampoco convenían, aunque por otras razones, al partido reaccionario, se vió por primera vez en Francia el espectáculo anómalo de un marido entre los partidos opuestos para combatir juntos al gobierno. La ley fué, pues, rechazada.

Tambien naufragaron los esfuerzos del ministerio para confeccionar un concordato. Desde la vuelta de los Borbones seguían entre el rey y el papa negociaciones para reorga-

nizar la Iglesia en Francia, sin llegar á ningun resultado por la terquedad de los realistas furibundos, que no querían contentarse con menos que el restablecimiento del estado anterior á 1789, con sus ciento treinta y dos obispados. A esto se opuso el cardenal Consalvi, secretario de la curia, porque el papa había consentido en la supresión de ochenta y dos diócesis en el concordato de 1801, concordato que luego se había arrepentido amargamente de haber firmado. Finalmente llegóse á un acuerdo, y el 11 de julio de 1817 se firmó un convenio por el cual se volvió á poner en vigor el concordato de 1516, quedando así anulados virtualmente el de 1801 y al mismo tiempo muchos artículos jamás aceptados por la Santa Sede de la ley orgánica de 1802. Además en el convenio se reservó al papa el derecho de restablecer, de acuerdo con el gobierno francés, las diócesis suprimidas en 1801, y se limitó la tolerancia religiosa garantida por la Carta á los asuntos puramente civiles. Poco despues, en 6 de agosto, se publicó una bula que aumentó el número de los cincuenta obispados franceses á noventa y dos, y tan grande era la inexperiencia de los franceses en materia de constitución que á ninguno de los que habían colaborado en este convenio le ocurrió que para legalizarlo era indispensable la aprobación de las cámaras. Así cuando se cayó en la cuenta había nombrado ya el papa á los nuevos obispos, de modo que no hubo mas remedio que suspender su instalación. El convenio, y mucho mas la bula, en la cual el papa dotaba los nuevos obispados con fincas, por supuesto francesas, y daba á los obispos hasta su instalación otras rentas, francesas tambien, renovando al propio tiempo sus reclamaciones sobre Aviñon y el condado Venusino, levantaron en Francia tal tempestad de indignación general que no hubo que pensar en hacer aprobar aquel tratado en las cámaras. En el año 1819, el papa, despues de largas negociaciones, accedió á la continuación provisional del número de obispados existentes, con lo cual quedó anulado el concordato de 1817, pero no pudieron anularse las dos consecuencias que había producido: el mayor alejamiento de los doctrinarios respecto del ministerio, y lo que era infinitamente mas importante, la aceleración de la corriente que desde la revolucion empujaba al clero francés por el derrotero ultramontano.

El ministerio Richelieu, tranquilo é impávido á pesar de la hostilidad de los partidos extremos, siguió observando una conducta liberal templada, con gran beneficio del país. El czar Alejandro podía mirar con satisfacción la dirección que había tomado la política en Francia, porque si bien nada había hecho absolutamente para la segunda restauración de los Borbones en Francia, debíale este país el cambio de su política al quedar predominante con la instalación de Richelieu la influencia rusa en las Tullerías y vencida la inglesa. Esto engendró vastos planes en el cerebro de Alejandro, que ya veía venir el tiempo en que la Rusia asociada á la Francia y con la cooperación de la España borbónica arrebataría á la Inglaterra el predominio en los mares.

CAPITULO III

LA PENINSULA IBÉRICA

Al concluir el período napoleónico en España, quedó esta nación profundamente desorganizada y en una situación tan embrollada que no se veía por ningunlado el medio de aclararla (1). El pueblo español, con un encarnizamiento y una tenacidad que excitaron la admiración de toda la Europa,

(1) Véase la obra alemana de Baumgarten, *Historia de España desde el principio de la Revolución francesa hasta nuestro tiempo*. Leipzig, 1865-1871, tomo II, págs. 26 y siguientes.

había luchado victoriosamente por su independencia, pero esto por odio á los extranjeros y por fanatismo, no por la libertad política, ni mucho menos por la constitución que unos cuantos liberales teóricos habían elaborado en 1812, sin que para su aplicación existiesen las premisas mas necesarias (1). La guerra había conmovido irremediabilmente en sus cimientos á la España antigua; pero en lugar de purificar y acrisolar al pueblo español, salió este de ella embrutecido, sanguinario, vengativo, sobrexcitado, y tan ignorante, supersticioso y rudo como antes. Para mayor desgracia, dió el destino envidioso á este pueblo, tan necesitado de una mano prudente que lo educara, un soberano tan indigno y despreciable como ni este siglo ni los pasados han producido otro. Fernando VII, criado entre un padre de obtuso entendimiento y una madre viciosa, mal educado por clérigos, corto de inteligencia, perverso, vengativo, cobarde, indolente y dado á los goces materiales, hizo al pueblo mas monárquico del mundo aborrecer la dignidad del trono, y accesible á las ideas revolucionarias como no lo habría podido hacer mejor el revolucionario mas consumado. El indescriptible entusiasmo con que fué recibido Fernando cuando regresó á su país despues de seis años de cautiverio, no despertó ningun eco en su corazón, que solo abrigaba propósitos de venganza porque las cortes, en atención á la pobreza del país, habían rebajado la asignación de la casa real y además decidido que el rey no fuera reconocido como tal sino despues de haber jurado la constitución. De la misma manera excitaron su odio todas las demás reformas que se habían introducido en su ausencia. Detúvose algunas semanas en Valencia, donde se le reunió un gran número de reaccionarios furibundos que le excitaron á ser inexorable, y en 4 de mayo de 1814 publicó allí mismo un manifiesto en el cual declaró abolida la constitución de 1812 y nombró presidente del ministerio al duque de San Carlos, uno de los jefes principales de los serviles. Un soplo bastó para derribar el castillo de naipes que los liberales habían levantado.

Entonces empezó una frenética persecución desencadenada contra todos los liberales. Los individuos de la regencia fueron expatriados, los jefes liberales encerrados en calabozos y los partidarios del rey José Bonaparte declarados incapaces para todo empleo y desterrados mas allá de veinte leguas de Madrid. La administración, la justicia y los impuestos, todo fué restablecido por el patron antiguo, con todos sus abusos é imperfecciones; los conventos suprimidos se volvieron á poblar, se prohibieron todos los periódicos á excepción de la *Gaceta oficial* y se restableció la inquisición, que en menos de dos años llenó sus cárceles con 50,000 infelices. Parecía aquella una danza infernal, la cual llegó á su colmo con la caída del duque de San Carlos. Entonces ya no se gobernó la España segun los principios de un partido vencedor sino que dirigió los negocios una camarilla vil, compuesta de favoritos de baja ralea y lacayos desalmados que servía al mismo tiempo que sus caprichos los de un déspota estúpido, y delante de la cual tenían que inclinarse los mismos ministros á cualquier partido que perteneciesen.

No siendo posible obtener un fallo de tribunal contra los 33 diputados á cortes encarcelados, dictó el rey á su capricho la pena que quiso aplicarles, la cual se extendió á ocho años de calabozo, con la reserva expresa de prolongar esta pena hasta que el rey dispusiese directamente la libertad de cada uno. No llegó la penetración de este rey siquiera

(1) Los legisladores de 1812 se adelantaron á su tiempo, en el sentido de que el país despues de tres siglos de despotismo había olvidado sus antiguas libertades; pero no sentaron en la Constitución principios que en general no hubieran estado en práctica antiguamente.

(N. del T.)

á asegurarse la obediencia del ejército, que olvidado y vergonzosamente descuidado, privado de sus mejores jefes, que estaban encarcelados ó en el destierro, en lugar de ser, como en todos los demás países del mundo, el sosten del gobierno bueno ó malo, reaccionario ó prudente, se convirtió en foco de las conspiraciones, en elemento principal revolucionario y por tanto en obstáculo poco menos que perpetuo para el establecimiento de un gobierno ordenado. Las primeras sublevaciones fueron organizadas en Cataluña por Mina y en la Coruña por Porlier, ambos jefes gloriosos de la guerra de la independencia. Sus empresas se estrellaron contra la indiferencia del pueblo. Mina consiguió pasar la frontera, pero Porlier pagó su atrevimiento en el patíbulo. Fernando VII quedó aterrado y aprovechó la ocasión para deshacerse de su camarilla indigna, cansado ya de ser gobernado por ella.

Todas las potencias sin excepcion desaprobaban á un gobierno tan desatentado y demente, pero siendo infructuosos sus consejos habría sido menester, para que se siguiesen, una intervención armada, empresa complicada á causa de los celos entre las potencias principales. En Madrid y Paris se entrecrocaban los intereses encontrados de Inglaterra y Rusia. Inglaterra, despues de haber contribuido en tan grande escala á librar á la España del usurpador y de la invasión francesa, y á la restauración del gobierno nacional, estaba resentida de la ingratitud con que era tratado Wellington en Madrid y del ningun caso que se hacía de sus consejos. La oposición inglesa cuanto mas tronaba en la cámara de los comunes contra Fernando VII, llamándole usurpador, infame, ente miserable y otras cosas de este género, y afectando indignación moral, pero en realidad para atacar y comprometer al ministerio Castlereagh, tanto mas firmemente cerraba en Madrid las puertas á la influencia británica y las abría á la rusa. Sin embargo, como para las intenciones del czar Alejandro ninguna utilidad tenía una España desgobernada, empezó por prestar su apoyo á las tendencias liberales. Su representante en Madrid, el diestro y emprendedor Tatischeff, supo hacerse con una aliada poderosa en la corte, que era nada menos que la misma reina, la joven é inteligente María Isabel de Portugal. Con su auxilio consiguió que fuese colocado á la cabeza del gobierno José Pizarro, el 30 de octubre de 1816, y con esto empezó á prevalecer un poquito la razón. Para aminorar las consecuencias de la bancarota nacional, que existía de hecho ya, logró el honrado ministro de Hacienda Garay, acabar con la exención de impuestos de la nobleza y del clero, respecto de este último con el beneplácito del papa, que retiró de Madrid su nuncio el intrigante Gravina, reemplazándole con otra persona mas adecuada á las circunstancias. Otros abusos inaguantables desaparecieron tambien. El gabinete inglés, para volver á ganar terreno en la corte española, apoyó las reclamaciones de esta tocante á los ducados italianos borbónicos y en virtud de sus esfuerzos se llegó, respecto de Parma y Lucca, al tratado del 10 de junio de 1817; pero el orgullo castellano, que ya había hecho á Fernando negar su firma al tratado de Viena por no haber estado representada España en el congreso, rechazó tambien el del 10 de junio de 1817, hasta que habiendo variado las circunstancias dió despues su aprobación y concedió al Austria el derecho de guarnecer la plaza de Piacenza.

Tanta altanería y humos de gran potencia se avenían muy mal con la impotencia del país, que no podía siquiera conservar sus colonias (2). España había cumplido una misión

(2) La España podía con razón ser altanera entonces, porque había enseñado á la Europa, humillada y temblorosa á los pies de Napoleón, cómo se defiende y se salva la independencia de las naciones. Por eso su exclusion del congreso de Viena no estuvo ni mucho menos justificada.